

DISCURSO DEL SR. PRESIDENTE DEL GOBIERNO EN EL
WILSON CENTER, WASHINGTON (27 SEPTIEMBRE 1985)

Fundación
Felipe González

 SECRETARÍA RELACIONES INTERNACIONALES			
LOCALIZADOR	TEMA	PLA DOC	Nº
E/USA	P.E	DEC	

Señoras y Señores:

Vengo siempre con agrado a América. Hace dos años en esta misma ciudad expuse la posición y los deseos que a mi juicio representaban los españoles. Sin embargo, no había tenido nunca la ocasión hasta hoy de reflexionar en voz alta ante un auditorio como el que reúne hoy el Wilson Center sobre la evolución de mi país, o sobre algunas de las grandes cuestiones que nos afectan en las postrimerías del siglo XX.

Ante todo, quiero agradecer a nuestros anfitriones la oportunidad que me ofrecen de poder dirigirme a una concurrencia tan distinguida. También deseo agradecerles, por supuesto, a todos ustedes su presencia aquí, en parte me resulta casi tan familiar como la del Parlamento español.

He pensado mucho a la hora de preparar esta exposición y finalmente he optado por una línea argumental: la correlación que existe entre el proceso de modernización de España y la apertura de mi país hacia el extranjero.

Permítanme, sin embargo, que especifique ante todo el tono de mi intervención: Desearía hablar francamente. Diré lo que pienso, contaré lo que sé y trataré de ser consecuente con una línea de franqueza que he seguido siempre a lo largo de mi vida política.

España es hoy un país homologable con el resto de los países europeos occidentales.

Hubo un tiempo en que ésto no fue así, un tiempo en que los partidos políticos estaban proscritos, el Parlamento era una pura emanación del ejecutivo, las libertades civiles no existían y un aparato estatal de coerción regimentaba la vida pública -e incluso la vida privada- de los españoles.



Este tiempo, que abarca desde 1.939 a 1.975, fue el resultado - de una guerra. Sobre la Guerra Civil Española se ha escrito exhaustivamente. Yo sólo quiero mencionar aquí dos líneas de interpretación: la tentación aislacionista de una España subdesarrollada y la incapacidad de sus clases dirigentes por hacer -- frente a los retos de la modernidad.

Permítanme que, con brevedad, haga una pequeña incursión histórica hacia el período anterior a 1.939: España, que entre los - siglos XVI y XVIII había mantenido una presencia activa en tres continentes, se replegó en los siglos XIX y XX sobre sus propias fronteras, estaba atenazada por contiendas internas como conse-- cuencia de su marginación de la revolución industrial al pervi-- vir en gran medida el antiguo régimen. Lo que había sido la primera potencia mundial fue también la primera en sufrir los traumas de la descolonización, con la emancipación de la América Hispana, que fue vivda entonces como un desgarró familiar.

Asumir el nuevo contexto y sentar en él las condiciones necesa-- rias para el crecimiento de la economía y la mejor distribución de lo producido suponía un reto inabordable para una minoría dirigente que se aferraba por todos los medios posibles al disfrute del poder político.

España quedó entonces aislada, con el único beneficio de no participar en la primera Guerra Mundial. Esta situación dinamizó el sistema productivo español y puso en marcha una cadena de transformaciones sociales que cuestionaron las propias bases del poder político de la época.

Ello explica en gran medida el establecimiento, en el año 1.931, de una República de carácter laico, progresista y animada de buenas intenciones. Pero la República no tardó en chocar con los escollos del subdesarrollo económico, con el rechazo de las viejas oligarquías y con el entorno agriado de una profunda crisis económica internacional.

Los obstáculos fueron demasiado poderosos para la voluntad modernizadora de aquel régimen, y España se sumió en una Guerra Civil cruenta, que se convirtió en la antesala de la Segunda Guerra --



Mundial por la implicación de las potencias totalitarias y también por la inhibición de los países democráticos.

La dictadura que resultó de esta guerra adoptó primero una postura de neutralidad y luego de no beligerancia durante la Segunda Guerra Mundial. Quizás no le faltaron ganas de participar en ella, al lado naturalmente del eje, pero la caótica situación interna, las presiones aliadas y la reticencia alemana a aceptar pretensiones territoriales del Gobierno Español de la época, contribuyeron a que España no participara activamente en el conflicto.

La asociación del régimen del General Franco con los regímenes totalitarios derrotados en el campo de batalla determinó también que España fuese apartada de los esfuerzos de construcción de un nuevo internacional nuevo en la postguerra. Y con ello la relación española con el exterior descendió todavía más, cualesquiera sean los parámetros con los que se la desee medir.

La guerra fría salvó a España de ser un régimen aislado. Las necesidades estratégicas de Estados Unidos llevaron a los acuerdos de las bases de 1.953. No cabe extrañarse de que los vencidos en la Guerra Civil y toda la oposición democrática en general vieran en estos acuerdos un apoyo americano al régimen de dictadura y un golpe para las esperanzas de una rápida restauración democrática en España.

Es cierto que nadie con un mínimo de responsabilidad política en mi país echa sobre las espaldas de las grandes potencias occidentales la responsabilidad de no haber ayudado a las fuerzas democráticas españolas, en aquellos tiempos muy débiles y muy divididas entre sí. Ya entonces la dura experiencia nos había enseñado a no olvidar las lecciones del realismo, y nunca hemos esperado de los demás lo que no es razonable esperar. Pero muchos españoles todavía rememoran una situación que hoy puede parecer contradictoria: España era también Occidente, pero tenía un régimen que menospreciaba y aplastaba los valores que ese mismo Occidente estaba defendiendo.

Con extremada lentitud, el régimen del General Franco empezó a finales de los años 50 a abrirse hacia el exterior. Lo hizo en áreas



que no podían poner en peligro el entramado institucional represivo y la apertura económica que entonces se inició no conllevaba en la lógica del sistema, el paso a la apertura política, pero enlazó a España con la gran oleada de prosperidad que vivió - Europa en torno a la década de los sesenta.

Esto tuvo tres efectos importantes: en primer lugar, contribuyó a transformar la estructura económica española y, por consiguiente su entramado social. En segundo lugar, la continuación de la prosperidad exigía que la apertura al exterior se mantuviese, y en tales condiciones, como tercer efecto, una cierta flexibilización política se hizo inevitable.

Nuevas generaciones que no habían conocido directamente los horrores de la Guerra Civil, y entre ellas me cuento yo, pudieron romper entonces con la dialéctica de vencedores y vencidos. Muchos de los hijos de los primeros unieron fuerzas con los de los segundos en la búsqueda de horizontes de libertad y de respeto, como los que se conocían en otros países occidentales.

Fueron estas nuevas generaciones las primeras en derribar las murallas de la incompreensión entre los españoles, que la dictadura había mantenido erguidas como un mecanismo de control social. Este cambio de aptitudes creó las condiciones para que la transformación política e institucional pudiera hacerse realidad más tarde.

Esta transformación -y ésto quizás sea lo notable del caso español- se llevó a cabo sin que se rompieran bruscamente la legalidad vigente, y sin que hubiera siquiera un día de vacío institucional.

La transición española hacia la democracia partió de dos principios en los que todas las fuerzas democráticas estaban de acuerdo:

- El principio de que la democracia es indivisible y que por tanto no podían aceptarse adjetivaciones o límites a la misma, y
- El principio de que la paz entre los españoles debía preservarse a toda costa.



En 1.975 existían, por supuesto, diversos esquemas sobre lo que debía ser el proceso de transformación deseable para España. Al final triunfó la tesis de la ruptura democrática, dentro de la legalidad. El Parlamento que se eligió libremente en el año 77, por primera vez desde 1.936, se puso a la tarea de redactar una nueva Constitución, y prácticamente todas las fuerzas democráticas eran conscientes de que su contenido debía definirse por -- consenso entre ellas. Y así fue, como demostración de que el -- pueblo español ansiaba dejar atrás la dictadura en una atmósfera de paz y de conciliación.

Sería injusto olvidar aquí y ahora a aquellos que hicieron posible este logro. Entre ellos, no quiero dejar de mencionar al Primer Presidente del Gobierno de la nueva democracia española.

Pero sobre todo sería imposible explicar esta dinámica de cambio pacífico y democrático sin la tarea de S.M. el Rey Juan Carlos, con una voluntad decidida de conseguir un régimen de convivencia libre para todos los españoles, y temo que sea intraducible la expresión convivencia al inglés, y de su capacidad de moderación entre fuerzas políticas, sociales e instituciones básicas para el proceso. Creo que la traducción es coexistencia, pero la convivencia expresa algo más que la pura coexistencia entre los españoles.

Desde diciembre de 1.978, impulsar el proceso de cambio ha sido una tarea ingente, no exenta de sobresaltos, muy conocidas en la que se ha invertido una enorme cantidad de esfuerzo, y por qué no decirlo, de talento político. Desgraciadamente, el proceso de cambio institucional coincidió también con la necesidad de combatir las consecuencias de la crisis económica internacional, con unas repercusiones por razones comprensibles más hondas en España, heradadas de circunstancias del pasado.

Poner en marcha un cambio político e institucional profundo en un país en situación de industrialización frágil, de descapitalización económica y con defectos estructurales en tantos sectores, fue una decisión colectiva no exenta de riesgo. Pero la -



sociedad española hizo buena la constatación histórica de que - son raros los pueblos que desaprovechan la oportunidad de desarrollarse en libertad tan pronto como la ocasión aparece en su horizonte.

Es evidente que la experiencia histórica nos ha servido de mucho: el afán modernizador de los años treinta encalló en los obstáculos internos y en el ambiente sombrío de una depresión mundial. En los últimos ocho o nueve años, sin embargo, la modernización española ha hecho progresos sustanciales a pesar del contexto internacional deprimido y de la subsistencia de pequeños grupos -- que han tratado de interrumpirla por la fuerza.

En 1.982, el proceso de cambio en España dio un nuevo paso adelante con las elecciones en las que el pueblo español depositó su confianza en el Partido Socialista. De esta forma se pudo formar, se pudo realizar el nuevo Gobierno, por vez primera en la historia de España, con una mayoría absoluta en ambas Cámaras.

Los propósitos de mi Gobierno se han centrado, desde entonces, en impulsar la transformación de España sin excluir de tal proceso - aquellos dominios en los que las reformas o no habían podido consolidarse o, en otros casos, no habían podido todavía iniciarse.

Apenas existen hoy en España parcelar de la vida pública que no se hayan visto afectadas por este proceso de cambio y de modernización. La Administración, las Fuerzas Armadas, la Justicia, la Educación, la Sanidad, las relaciones entre empresarios y trabajadores, todo ello se ha visto modificado y actualizado en su marco de desenvolvimiento.

La primera prioridad ha sido enfrentar los efectos acumulados de la crisis económica. Hemos hecho un enorme esfuerzo de saneamiento de nuestra economía, se está logrando contener, al tercer año, nuestro alto nivel de desempleo, modernizar nuestra seguridad social y limitar la expansión del gasto público, animados a invertir o animamos a invertir y tratamos de invertir nosotros mismos en nuevas tecnologías, en investigación, en enseñanza, etc. El trabajo es sin duda difícil, pero los resultados empiezan ya a -



producirse. Les daré algunas indicaciones.

Nuestra tasa de inflación se ha visto reducida desde el 15% de 1.982 a menos del 8% en los últimos doce meses. Nuestro redespliegue industrial está en fase de ejecución, a pesar de las lógicas resistencias y protestas de los trabajadores afectados por las nuevas condiciones de competencia. Nuestras reservas monetarias son elevadas, en relación incluso con algunas de las viejas potencias industriales y nuestro endeudamiento exterior es hoy perfectamente manejable, y va siendo reducido y lo será aún más en el próximo futuro. El signo de la producción agrícola española ha variado sustancialmente, reforzando nuestra posición competitiva. Las relaciones entre los trabajadores y los empresarios se han ido consolidando con un nuevo estilo de concertación, que incluso el pasado año dio lugar a un acuerdo económico y social que permite una fundada previsión de futuros aumentos de nuestra productividad.

No quisiera que tuvieran la impresión de que me siento satisfecho de lo que se ha ido realizando en España. La experiencia comparada, a juzgar por lo que ocurre en otras democracias industriales, muestra que el reto de la modernidad no es asumible sólo con medidas, como las adoptadas en España en los últimos tres e incluso en los últimos nueve años.

Aunque hayamos encauzado la solución de problemas estructurales de nuestra historia, como puede ser el problema regional o autonómico, o el militar, aunque hayamos sentado las bases para la recuperación económica, tengo plena conciencia de que todavía nos queda mucho por hacer.

Necesitamos seguir afrontando los retos de la modernización de España, como ocurre también en el resto de la Europa Occidental. Sin embargo, en nuestro caso, en el caso español, el desafío y la urgencia son mayores, porque partimos de una situación relativa mucho más atrasada que en el resto de la Europa Occidental. La situación mejora. Yo estoy seguro de que España es, en la actualidad, un país mucho mejor para vivir de lo que lo fue nunca.



Es también un país más fuerte, un socio más valioso y, por primera vez en dos siglos de historia es una pieza sólida de lo que hoy llamamos el mundo occidental.

En definitiva, lo que se ha producido, no es sólo la transformación referida a los aspectos internos que definen la convivencia española. La transformación ha tenido efectos en la forma en que los españoles contemplan la relación con el exterior, lo que no ha dejado evidentemente de repercutir en nuestra política internacional.

Ciertamente, la dictadura nos dejó también aquí una situación difícil. El corte con nuestro entorno durante los años 40 y 50 intensificó, en muchos españoles, sentimientos de despego hacia el mundo que nos rodea.

Una parte de la conciencia colectiva de los españoles está marcada, por ejemplo, por el hecho de que los Estados Unidos no desempeñaron con respecto a nosotros el mismo papel positivo, liberador y generoso que con otros pueblos, incluso con aquellos con los que antes se habían enfrentado en la segunda Guerra Mundial. Y la existencia de estos sentimientos tal vez les ayuden a comprender las reacciones que han podido registrarse en España a la hora de definir nuestra forma de relación con el esquema en que se basa la cooperación occidental en materia de defensa.

Sin embargo, nuestra inminente incorporación a la Comunidad Europea traduce en la práctica una de las aspiraciones más vivamente sentidas por todas las fuerzas democráticas españolas desde los años 50, cuando la mera existencia del régimen anterior hacía imposible esta incorporación.

Este sentimiento constituye una muestra de la tesis central de la exposición que deseo hacerles: existe una correlación sustantiva entre los esfuerzos genuinamente modernizadores de la sociedad española y la voluntad de una apertura al exterior tan amplia como sea posible.

Bien conscientes de ello, el Gobierno que presido no ha dudado en



considerar como un objetivo básico de nuestra relación con el exterior el conseguir, en condiciones aceptables, la entrada de España en las Comunidades Europeas. Este ingreso, que se materializará el 1º de enero del 86, es importante para España y lo es -- también para la Comunidad.

Para España, porque iniciará un proceso de modificación irreversible del funcionamiento de nuestro sistema económico; porque -- significa también la culminación de los esfuerzos de liberalización y puesta a punto de nuestra economía, que hoy dirige ya hacia la Comunidad Económica Europea más del 50% de nuestro comercio exterior.

Pero la nueva ampliación es también importante para la Comunidad, porque nuestra incorporación --y la de Portugal-- debe suponer un acicate para dar el salto cualitativo que necesita la construcción europea. Los pueblos ibéricos no sólo aportamos población, geografía y recursos. Con nuestra entrada en la Comunidad ésta se equilibra hacia el Mediterráneo, hacia el componente latino -- en Europa, España y Portugal representan una dimensión esencial para la Europa Occidental: la dimensión que se abre hacia el Atlántico Sur, hacia los países Latinoamericanos, hacia África y -- ésto Europa Occidental no puede ignorarlo sin correr el riesgo de quedar incompleta o coja.

Nosotros entendemos que la Comunidad debe iniciar un desarrollo político que consiga que los procesos de decisión se ajusten y -- sean coherentes con el poder económico que ya ha alcanzado, la -- Comunidad ha de responder al desafío de los tiempos: se precisa avanzar en el camino de las nuevas tecnologías generar nuevas -- ideas en la comunidad y en la cultura y también redefinir la contribución al equilibrio que garantiza la paz y la seguridad.

En el contexto de estas reflexiones nos hemos preguntado críticamente lo que los españoles podemos hacer en Europa. Creo que nosotros debemos trabajar en Europa Occidental, con la idea de contribuir a despertar un nuevo espíritu, aquel de los años 50, cuando la unidad europea era un ideal que atraía las energías y los entusiasmos de las nuevas generaciones.



En la Comunidad, España puede -y debe- desempeñar e incrementar su papel en la escena internacional.

Es obvio que este papel se ha intensificado desde que España pudo desembarazarse de los lastres del régimen autoritario. La -- práctica universalización de nuestras relaciones diplomáticas, la incorporación a foros de los que habíamos estado tradicionalmente apartados, la participación sin complejos en numerosas dimensiones de la vida internacional son hechos innegables, registrados a lo largo de los últimos ocho o nueve años.

Podemos preguntarnos si nos quedan ámbitos en los que podamos - precisar aún más este papel activo.

La respuesta es, obviamente, afirmativa y ustedes, sin duda, es peran que en un lugar como este me pronuncie con claridad sobre la contribución de España a la seguridad colectiva del conjunto de las democracias occidentales de las que formamos parte. Este es un tema sobre el que se han vertido interpretaciones muy ses gadas. Les hablaré con la franqueza que les había prometido y - que espero que haya sido la tónica hasta el momento.

En primer lugar, les recordaré que la democracia española ha he redado del anterior régimen político una serie de acuerdos en - materia de defensa con los Estados Unidos. Desde el año 53, estos acuerdos han constituido la específica aportación de España a la defensa del Mundo Occidental, a través de una relación bilateral, dada la imposibilidad manifiesta de que el régimen anterior pudiera incorporarse al esquema colectivo de la Alianza Atlántica.

Tales acuerdos, tradicionalmente descompensados y que, en algunas ocasiones, lesionaron aspectos esenciales de la soberanía españo la, han sido perfeccionados y reequilibrados en la etapa democrá tica. No puede ocultársele a nadie, sin embargo, que el sistema fue concebido para una situación política y social muy diferente de la que hoy tiene España, así como para un diferente juego de tensiones, conflictos y estrategias en el escenario internacional. En mi opinión, por consiguiente, esta relación requiere



una modernización y una adaptación a las nuevas circunstancias. Por lo menos, hay tres factores fundamentales en este sentido.

En primer lugar, está la voluntad del Gobierno de modernizar y dar mayor eficacia a nuestro propio sistema de defensa. Si antes el gasto de defensa se concentraba desproporcionadamente en retribuciones de personal, en los últimos tiempos hemos realizado un esfuerzo intenso en favor de su reasignación hacia equipamiento, con el consiguiente robustecimiento de nuestra capacidad operativa.

Pero el cambio es mucho más profundo. El régimen anterior, en una aparente paradoja, desarrolló en demasía la cúpula de las Fuerzas Armadas, pero dejó a éstas en un estado de postración material. Para el general Franco, las Fuerzas Armadas desempeñaban, esencialmente, aunque en última instancia, desde una óptica legal, funciones de seguridad interior, en el marco de un molde ideológico que se separaba de la experiencia del resto de países europeos occidentales.

Frente a ello, la democracia ha puesto a las Fuerzas Armadas en condiciones de afrontar sus tareas genuinas de garantizar la seguridad exterior de nuestro país en forma paralela a las funciones que desempeña en otros sistemas democráticos. Ello revaloriza también el papel de las Fuerzas Armadas en la defensa colectiva del mundo occidental. Es la modernización de nuestras Fuerzas Armadas la que nos permite plantear hoy la conveniencia de reajustar el nivel de la presencia de tropas americanas en España y la utilización de las facilidades militares que concedemos a los Estados Unidos.

Ahora podemos, de común acuerdo, iniciar un proceso gradual de traspaso de cometidos y de misiones, sin que disminuya el nivel de eficacia de la seguridad común.

Un segundo factor que explica nuestra postura es que la incorporación de España a la Comunidad Europea tendrá, tarde o temprano, consecuencias en el plano de la seguridad. Es razonable



pensar que los países comunitarios terminarán desarrollando una más estrecha colaboración en este ámbito, con fórmulas que tiendan a reforzar la solidaridad colectiva, aun en el seno de la Alianza Atlántica. España entra ahora en una dinámica nueva dentro de Europa, y en ella nosotros deseamos hacer todo cuanto sea posible para reforzar la identidad europea en el ámbito de la seguridad.

Un tercer factor es que España forma hoy parte de la Alianza Atlántica. Como es notorio, esto es el fruto de una decisión que se adoptó en el año 81 por el Gobierno que nos precedió y que, en mi opinión, obedeció bastante más a motivaciones políticas que a una meditación serena de las necesidades y prioridades españolas en aquellos momentos.

Es ya historia que tanto mi partido como yo nos opusimos a tal decisión. La consideramos prematura y desconectada con una visión global de nuestras necesidades defensivas y de nuestro planteamiento de política exterior. Denunciábamos, también, la falta de adecuadas consultas con las fuerzas democráticas y la insuficiente explicación al pueblo español.

La decisión del Gobierno de entonces rompía, a mi entender, el consenso que debe existir en los temas vitales de política de defensa y de política exterior y no era fácilmente asumible por una gran parte del pueblo. Nuestras acciones no se dirigían contra la Alianza Atlántica, sino contra una decisión gubernamental que, en los momentos de transición particularmente delicados que vivíamos, no dudó en escindir la opinión de las fuerzas democráticas.

Esto ha hecho más difícil para muchos españoles aceptar lo razonable, lo que nosotros entendemos que debe hacerse, pero que cuesta hacerlo: mantener nuestra permanencia en la Alianza en las condiciones en las que actualmente nos encontramos, tal y como propuse hace ya un año ante el Parlamento español, en el debate sobre el Estado de la Nación.



Nosotros venimos afirmando desde hace varios años que una decisión tan vital debía ser entendida y respaldada por el cuerpo de la nación. La permanencia en la Alianza, tras un proceso de escisión de la opinión pública, puede lograrse reparando esa escisión. Mi gobierno, mi partido y yo mismo estamos dispuestos a ello y creemos que apelar a que el pueblo español ratifique nuestra convicción en un referéndum, es no sólo un compromiso electoral, sino, también, un camino adecuado.

Confío plenamente en que el pueblo español entenderá las razones que abogan por nuestra permanencia en la Alianza en las condiciones en que ahora estamos en ella, proque permanecer en la Alianza, integrados a la vez en la Comunidad Europea, es otra de las vías por las que España puede -y debe- aportar su contribución a la solidaridad de las naciones democráticas de Europa.

El pueblo español ha dado muestras en los últimos años sobradas de su madurez política. Estoy seguro de que nuevamente sabrá tomar la decisión más sensata y que va a rechazar cualquier tipo de aventurería.

El cambio político e institucional interno que ha acaecido en España en los últimos diez años ha afectado también a otros - ámbitos de nuestras relaciones internacionales y, singularmente, a la proyección de España hacia América Latina.

No todo el mundo es consciente de la naturaleza profunda de los lazos que unen a España con los países latinoamericanos. El Descubrimiento y la colonización del Nuevo Mundo son sólo una parte de la historia de tal vinculación. Tanta o mayor importancia tiene la interacción constante y recíproca que se produce durante tres siglos entre ambos lados del Atlántico. Muchos de los primeros libertadores, empezando por figuras señeras como Bolívar o San Martín, vivieron y lucharon en España durante nuestra Guerra de Independencia contra Napoleón.



Muchas de las insurrecciones que dieron origen a los Estados latinoamericanos surgieron en un principio como reacción contra las corrientes absolutistas que en aquellos momentos esclavizaban a la metrópoli tanto como a las propias tierras - de la América Hispana.

La profunda comunión de sentimientos que existe entre España e Iberoamérica ha podido comprobarse una y otra vez a lo largo de la historia independiente de los países latinoamericanos. La emigración de mis compatriotas, obligados a vecez - por el hambre, o por la miseria, otras por la tiranía, al - otro lado del Atlántico, ha dado lugar a que en cada República latinoamericana existan hombres y mujeres que sienten con igual fuerza su pertenencia al país en el que viven y sus - raíces españolas. España mantiene, así, una relación especial con Latinoamérica, con la que, además de un idioma común, comparte una memoria histórica, una filosofía de la vida y una misma cultura.

La consolidación de la democracia en España ha dado origen a una renovación de los lazos entre mi país y los países de -- América Latina, que hoy se traducen en un esquema práctico - de relaciones útiles y mutuamente provechosas. La transición política e institucional española no ha dejado de surtir -- efectos en América Latina. Los demócratas españoles se sienten solidarios con procesos similares que, afortunadamente, van desarrollándose en el Cono Sur. Nuestro sistema de valores tiene un hueco especial para las aspiraciones de los pueblos latinoamericanos, donde nada de lo que ocurra puede - resultarnos ajeno .

De ahí que dediquemos una parte sustancial de nuestra actividad internacional a hablar claro a cualquier nación del mundo y, especialmente, a nuestros aliados, sobre nuestra - posición y puntos de vista ante cualquier hecho que pueda - afectar a la región latinoamericana o cualquiera de sus componentes.



Brevemente, me voy a referir al tono de las relaciones que deseamos mantener con los Estados Unidos. Históricamente, con este gran país tenemos vínculos importantes que han dejado, también, profundas huellas en su geografía y en su cultura. El mapa de los Estados Unidos está salpicado, como saben, de nombres españoles que dan fe de la participación de nuestros antepasados en la construcción de este país; igualmente, es bien conocida la aportación de España a la independencia de la nación norteamericana y hoy lo hispánico sigue siendo un elemento integrante de la sociedad norteamericana.

Actualmente, nuestras relaciones son buenas y son amistosas, pero también son susceptibles de mejora en numerosos aspectos. Nos preocupa, claro está el desequilibrio comercial y esperamos que no se agrave con la introducción de medidas de carácter proteccionista. Necesitamos aumentar la cooperación tecnológica y los intercambios educativos y culturales. Hemos de esforzarnos por erosionar el lastre que han dejado décadas de aislamiento y de incomprensión. Pero, sobre todo, y ante todo, los norteamericanos y los españoles debemos esforzarnos por entendernos mejor los unos a los otros en el respeto y la amistad mutuos, lo cual no excluye el disentimiento cuando se trata de defender los intereses propios legítimos.

Y en este sentido, nos ha preocupado el uso que América hace de su inmenso podería en algunas regiones y ámbitos. Nosotros tenemos la misma visión que muchos norteamericanos sobre las crisis centroamericanas y no estamos convencidos de que la política de seguridad de Estados Unidos adopte siempre las formulaciones más adecuadas para promover el desarme y la distensión. Nos vemos afectados, al igual que otros países europeos, por la política económica americana y esperamos dejar oír pronto nuestra voz en los foros europeos a los que tan pronto accederemos para hacer sentir en ellos nuestra opinión.

Para terminar, querría decir que el cambio político interno más la apertura exterior de España han creado una dinámica que nos hace ser más sensibles a lo que ocurre en el mundo que nos ro-



dea. Liberados de lastres históricos, sobre todo del aislamiento, los españoles hemos desarrollado un interés más acusado por lo que acaece fuera de nuestras fronteras. Esto es, sin duda, un signo positivo de modernización.

Aspiramos a reducir el nivel de conflictos y de tensiones en el Mediterráneo. Esperamos poder cooperar a una solución justa y equitativa de la crisis del Oriente Medio, que tenga en cuenta la personalidad y los derechos nacionales del pueblo palestino y que, igualmente, tenga en cuenta el derecho de todos los estados de la región, incluido Israel, a vivir en paz dentro de fronteras seguras y reconocidas.

Nos preocupa la guerra entre Irán e Irak, el más largo y cruel conflicto entre los recientes, y hemos hecho, junto con otros países, llamadas en favor de la paz y de la concordia. Nos alarma la crisis del Africa Austral, ante la obstinación de los dirigentes sudafricanos en dar la espalda al curso de la historia con su pretensión de perpetuar un sistema de segregación racial cuyos días están contados, pero que todavía puede cobrarse numerosas víctimas si no se abren cauces de participación igualitaria para todos los ciudadanos.

Nos acongoja que grandes volúmenes de recursos se asignen a la carrera de armamentos, en detrimento no sólo de las atenciones sociales y económicas, sino de la cooperación que requiere la lucha contra el hambre, la miseria y el subdesarrollo en todo el mundo.

La experiencia de más de doscientos años de crisis, de luchas y de pugnas por salir del atolladero del atraso económico, social, cultural y político ha afinado la sensibilidad de la democracia española y, en particular, del socialismo democrático español. Hemos ido más despacio que otros países de nuestro entorno y hemos tenido que vencer recientemente obstáculos que en aquellos países son ya un mero recuerdo.

Ello, obviamente, no nos otorga ningún título especial. Pero sí creo que el éxito en la superación de tales dificultades ha



revalorizado el papel de España y, por lo tanto, nuestra responsabilidad en contribuir, por primera vez en estos dos últimos siglos, a configurar un mundo más humano y más solidario.

Muchas gracias por su atención.